

á las demás personas que convenga, sin la menor pérdida de tiempo.»

«Dios guarde á V. muchos años como deseo. Madrid y Octubre veinte y tres de mil setecientos sesenta y siete.» Hasta aqui los miembros del Extraordinario, grandes celadores del bien de la monarquía y de la religion, á cuyos defensores condenaban á las crueles penalidades de un destierro, acompañado de continuas zozobras y vejaciones, como vamos á decir.

#### CAPÍTULO IV

Salen con rumbo á Sestri, y al llegar, lo cambian para Génova. — Prohíbeseles el desembarco. — Exceptúase al P. José y otros dos Padres. — El patron Mr. Ollivier. — Ardid del comandante francés para inducir á los Provinciales á que se introduzcan en los Estados del Papa. — Lazo que les arma. — Líbralos de él el P. Pignatelli. — Agasajan los genoveses á los jesuítas españoles. — Salen de Génova para Puerto Fino y Sestri. — Caridad de los religiosos de otras órdenes con los expatriados. — Incítaseles á que abandonen la Compañía, y todos se mantienen firmes en su vocacion. — Pasan el Apenino. — Entran en el estado de Parma. — Líbralos de una vejacion el P. Pignatelli. — Son bien acogidos en Reggio. — Noticia curiosa dada por el P. Casamiglia. — Atraviesan el ducado de Módena y entran en los Estados del Papa. — Detiéndense en Bolonia y de aquí pasan á establecerse en Ferrara. — Sucinta relacion del viaje por el P. Reig.

1768

Reunidas en Calvi las tres Provincias, que hemos dicho, se hicieron á la vela el lúnes día 19 de Setiembre (1768) á las nueve de la mañana. Al salir del puerto, dice el autor del *Diario*<sup>1</sup>, «el mar con el viento violentísimo de los días pasados estaba muy hinchado y alborotado. Las olas eran tan gruesas y altas, que muchas veces saltaban de proa á popa; y los vaivenes de las embarcaciones eran tan grandes, que al inclinarse hacia

<sup>1</sup> *Compendio*, lugar citado.

un lado, entraba el agua por las troneras de unos cañoncitos una y dos varas en el navío, sucediendo lo mismo cuando se inclinaba al otro lado. Ha sido en fin tan grande el movimiento y balumbos de la embarcacion, que de ciento y doce que puntualmente venimos en ella, no llegan á ocho los que no se han mareado fuertemente: y así todo el día y toda la noche ha sido una confusion y behetría, no habiendo otra cosa en el navío, que hombres tirados por aquellos rincones lamentándose y quejándose con acerbos dolores, y vómitos con ansias mortales.» La noche fue larguísima y pavorosa: en toda ella no se oyeron más que ayes y gemidos, y el espantoso rumor de las olas.

Al amanecer del día 20 vieron á Sestri de Levante á distancia de unas doce leguas. Calmó el viento, sosegóse poco á poco el mar, y pasaron en él todo el día y la noche siguiente, anclando en el puerto de Sestri á las nueve de la mañana del día 21. Dióseles orden de desembarcar, y al momento entraron unos veinte Padres en una lancha y otros tantos en una barquita, que casualmente por allí pasaba y la alquilaron. Con el ansia que es de suponer esperaban los demás que volviesen los dos barquichuelos para salir ellos á tierra, cuando los ven que vuelven con los mismos que se habían embarcado, por los cuales supieron que en Sestri no se les permitía tomar puerto, y que debían dirigirse al de Génova.

Alegráronse todos más de lo que se puede con palabras encarecer, creyendo que desde esta ciudad se les volvería á España, segun ciertas conjeturas que no carecían de probabilidad. Toman puerto la tarde del siguiente día, 22 de Setiembre: y ¡cuál no fue su sorpresa, cuando creídos que iban á abrirseles de par en par las puertas de Génova, no se hallan sino con la orden terminante de no desembarcar, y con la noticia cierta de que en ningun caso habían de volver á España, y que la corte de Madrid persistía inmutable en la resolucion de que pasasen á establecerse en los Estados de la Iglesia!

Tales nuevas les causaron profundísimo dolor. Arrojábalos de su seno España: Francia despedíalos de Córcega: no los ad-

mitía Génova en su estado: tenía Roma cerradas sus puertas. Los patrones y marineros, desabridos é impacientes porque se difería su vuelta á Francia, deshacíanse en denuestos y ultrajes contra ellos. Uno de los patrones, Mr. Ollivier, llegó á prorrumpir en estas injurias: «¿Qué raza de gente,» dice, «tan maldita sois vosotros, que nadie os quiere? En tantos años que navego, y en tantos viajes como he hecho, jamás me ha sucedido lo que ahora. Yo he llevado cargamento de puercos en este mi bastimento; y llegado al puerto, desembarqué luégo los puercos. He conducido en él turcos; y lo mismo fue llegar al puerto, que desembarcarlos. En fin yo he traído á bordo familias de judíos; y también los desembarqué luégo en el puerto: y á vosotros ninguno os quiere admitir ni dar entrada: ¿qué diablos de gente sois vosotros?» Así desahogó su pena este patron.

Mientras estaban anclados aquí en Génova, empezó uno de los bastimentos á hacer mucha agua: en vista de esto llamó Mr. Ollivier al P. Provincial de Aragon, y le ordenó que todos los sujetos que iban en él fuesen al instante repartidos en las otras cuatro embarcaciones. Representó modestamente el Padre la casi absoluta imposibilidad de poner un sujeto más en las otras embarcaciones, y el peligro de una peste en tanta aglomeracion de personas; y la única respuesta que obtuvo fue: «Lo dicho, dicho; y hágase luégo: cuando no, yo haré que se ejecute más aprisa de lo que querrán los jesuítas.»

Trató luégo este señor comandante de sorprender á los tres Provinciales para hacerles caer en un lazo que les había tendido. Viendo que no los podía desembarcar en Génova, y no sabiendo qué hacerse con tantos hombres, se propuso inducirlos á que de su voluntad se introdujesen en los Estados del Papa, de modo que no se pudiese achacar á la corte de París tan evidente infraccion del derecho de gentes. Así pues el día 28 de Setiembre convocó á los tres Provinciales que se hallaban en el puerto<sup>1</sup>, y

<sup>1</sup> P. OLCINA, lugar citado, pág. 295.

<sup>2</sup> Así el P. OLCINA: segun el P. LUENGO la consulta se tuvo el 26.

les dijo que su destino era para los Estados Pontificios, y así que eligiesen ellos el ir á Civitavechia á su costa y aventuras, ó á Sestri de Levante, para pasar desde allí por tierra á dichos Estados.

La respuesta fue, que ellos desde su salida de España solo habían usado de su voluntad para obedecer á su soberano: que este los había puesto en Córcega: que de allí los sacó el rey de Francia: que irían á donde cualquiera de ellos les mandase. Hizo en seguida venir de Puerto Fino la Provincia de Toledo, lisonjeándose que su Provincial respondería conformemente á sus deseos: mas no obtuvo de los cuatro Provinciales otra respuesta que la que le habían dado los tres. Entonces determinó explorar la voluntad de cada uno de los súbditos, para ver si lograba ahogar la de los Superiores; pero todos á una respondieron lo mismo que los cuatro Provinciales.

Desesperanzado Mr. Ollivier de lograr su pretension, meditó otro plan, hijo de su codicia. Volvió á llamar á los cuatro Provinciales, y les dijo cómo por fin la república de Génova, accediendo á sus instancias, les concedía libre el paso por sus dominios, con la condicion de no ser gravosos á los pueblos; y que el único medio para esto era que cada jesuíta depositase cinco duros para sufragar los gastos del viaje. De estas palabras del comandante entendieron los Padres la trama urdida para salvar, siquiera aparentemente, el honor de la Francia, y que nunca le pudieran echar en cara el haber introducido tantos jesuíta españoles en los Estados de la Iglesia contra la expresa voluntad del Papa.

El plan proyectado se reducía á estos tres puntos: primero, lograr que la república de Génova concediese el que los jesuíta desembarcasen en su territorio, pero sin permitirles la menor detencion en él, para así obligarlos á salir de Génova y entrar en el ducado de Parma: segundo, que el duque de Parma les permitiese pasar por sus estados; y sin dejarles descansar, les mandara pasar adelante á los del duque de Módena; tercero, que este príncipe practicara lo mismo que el real Infante de

Parma. De este modo los jesuíta por precision se verían forzados á entrar en el Estado Eclesiástico sin que pudiera decirse que la Francia los había metido en él contra el derecho de gentes, é inferido este ultraje al Sumo Pontífice. Y así se verificó, como después se dirá.

Pero volvamos á nuestro Mr. Ollivier. Los PP. Provinciales recogieron prontamente de cada uno de sus súbditos los cinco pesos; y asociándose los PP. José Pignatelli y Francisco Javier Idiáquez, fueron á decirle cómo ya estaba reunido el depósito. «No basta esto,» dice el comandante: «ese dinero se me ha de entregar á mí, que yo he de ser el depositario» — «Señor,» respondieron modestamente los Padres, «siendo este dinero para los gastos del viaje de los jesuíta, ¿en qué manos ha de estar sino en las tuyas?»

Alborotóse grandemente con esto Mr. Ollivier, prorrumpió en palabras descomedidas, y habló con tanta altanería y orgullo, que al P. Idiáquez le pareció muy justo reprimir tanta insolencia del francés; y así con toda entereza dijo que otra vez midiese mejor sus palabras y no atropellase de aquel modo á unos pobres sacerdotes vasallos del rey de España; y tuviese entendido que á su Reverencia no le faltaría medio seguro para hacer llegar sus quejas á los oídos del monarca é informarle plenamente de tan injusto proceder.»

Intimidóse con estas palabras el francés; pero no dejó de insistir en que él quería ser el depositario del dinero, con el cual parece quería cobrarse el coste del viaje de los jesuíta desde Córcega á Génova, cual si ellos lo hubiesen hecho de su voluntad y no forzados por la corte de París. Después de muchos dares y tomares zanjó felizmente la cuestion el P. Pignatelli, ofreciéndole poner luégo en sus manos todo el dinero, con tal que diese recibo, y no de otra manera. Guardóse el comandante bien de aceptarlo con esta condicion; porque temió que su recibo pararía luégo en manos del conde de Fuentes, embajador en París, y que por su medio llegarían á oídos del rey de Francia las quejas de los jesuíta españoles. Todavía replicó el coman-

dante, proponiendo que se depositara en el Banco de Génova; pero no le fue posible salir con la suya.

Grande fue la compasión que excitó en los ánimos de los genoveses la vista de tantas molestias como pasaban los jesuitas españoles, los cuales eran en gran número. «Seremos hoy en el día,» escribe el P. Luengo<sup>1</sup>, «en este puerto como dos mil quinientos jesuitas españoles: espectáculo» añade, «que no ha visto Génova semejante desde su fundación hasta este día.» Á todos ellos se los tuvo encerrados y amontonados en unos pocos buques todo el tiempo que allí permanecieron anclados, sin permitir desembarcar á ninguno, si no es á los PP. Pignatelli, Idiáquez y Osorio; los cuales se aprovecharon de la licencia para auxiliar con gran solicitud á sus hermanos proveyéndoles de lo más indispensable.

Ayudáronlos en esta obra de caridad muchos caballeros genoveses y los Padres del noviciado, que la Compañía tenía en aquella ciudad. Distinguióse en particular la excelentísima Señora Durazzo, hermana del Dux, la cual una tarde fue paseándose por el puerto, entrando á bordo, y enterándose muy de cerca de las incomodidades que pasaban los jesuitas<sup>2</sup>. Negábanse los Padres á recibir las piadosas ofertas que les hacían, y solo del P. Rector del noviciado «admitieron<sup>3</sup> algunas meriendas de pasteles y de varios géneros de dulces, con que quiso regalar á nuestros novicios, y el par de zapatos que mandó hacer para cada uno de ellos pocos días ántes de la salida de aquel puerto.» «En la noche del 2 de Octubre,» añade el P. Luengo<sup>4</sup>, «desembarcaron los enfermos de las naves en número de unos ciento, y los hospedaron en la casa de Ejercicios. Todo esto se hizo con no pequeña incomodidad, á causa de las abundantes y continuas lluvias de aquellos días<sup>5</sup>.»

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 2.º, pág. 353.

<sup>2</sup> P. OLCINA, *lugar citado*, pág. 304.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*

<sup>4</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 359.

<sup>5</sup> En medio de tantas incomodidades conservaban los Padres espa-

Habíase ausentado de Génova muy de propósito por aquellos días el Sr. Cornejo, ministro de España, para manifestar que no tenía la menor parte en la salida de los jesuitas de Córcega y en su entrada en el Estado Pontificio, quedando estos enteramente á las órdenes del ministro de Francia. Este, de acuerdo con la república, determinó que los llevasen á Puerto Fino, desde donde en falúas fuesen luégo trasladados en pequeñas partidas á Sestri, con orden de pasar en seguida por tierra al estado confinante de Parma; de modo que á Sestri no debía llegar ninguna partida de viajeros hasta haber salido la anterior: providencia muy acertada, para que ni les faltase alojamiento en Sestri, ni caballerías para el viaje.

Arreglado el plan, empezaron á desfilar las pequeñas partidas, siendo la Provincia de Aragon la primera en emprender el camino, lo que verificó el día 30 de Setiembre. Ántes que se pusiera en marcha la Provincia, pasó á Sestri por tierra el Padre José con su hermano Nicolás á disponer alojamiento para sus compañeros. Escogió para albergue el hospital: y aunque algunas veces fue convidado á comer con algunos principales de la ciudad, nunca quiso pasar la noche fuera del hospital, en donde todo su regalo consistía en un mal jergon por cama. Hablando de este sitio el P. Luengo, pues en el mismo se albergó poco después la Provincia de Castilla, dice: «En el hospital están sumamente estrechos, y toda la habitacion está hedionda y amenazando ruina. La única pieza, que hay algo decente y limpia, es un teatrillo ó pequeño patio de comedias, en el cual con todos los Padres graves del colegio están el P. Rector Idiáquez y el P. Calatayud<sup>1</sup>.»

ñosles su habitual alegría. De ella y de su devoción á la Santísima Virgen daban testimonio con el canto de la letanía lauretana, que empezaba todos los días al anochecer en una de las embarcaciones y por su orden continuaba sucesivamente en todas las demás. El puerto y la ciudad de Génova resonaba por buen espacio de tiempo en suaves y religiosos acentos con no pequeña edificación de los genoveses.

<sup>1</sup> Añade el P. NAVARRETE, que á la mañana siguiente fueron muchos